

Un espacio abierto a la  
comunidad de aprendizaje de la EPC

## Optar por la integridad



**Paola Delbosco**

Hay palabras que sugieren resignación y otras lucha. A menudo oscilamos entre una y otra, porque no encontramos las razones para luchar, lo que quiere decir que no encontramos la fuerza suficiente para hacerlo. Las razones para luchar son de dos tipos: las que tiran hacia adelante, como un buen proyecto y la esperanza de realizarlo, y las que empujan desde dentro, como las convicciones y el compromiso. La integridad pertenece a esta segunda categoría de razones para la lucha: las interiores.

Comprometernos a la integridad implica decidir cuáles acciones emprenderemos y cuáles no, con qué actitudes y con qué trato hacia las otras personas, y a la luz de cuáles valores. El diccionario latino nos ayuda a ubicar las características de la integridad, pues la palabra *íntegro* quiere decir entero, con todas sus partes, no contaminado. Pero además quiere decir también *racio-*

*nal*, quizás por entender que el razonamiento necesita ponderar todos los aspectos de una realidad en forma ecuánime, sin indebidas (o inconfesables) inclinaciones.

¿Cuándo la integridad, entendida como el ser completo y ecuánime frente a la realidad, se vuelve no solo necesaria, sino urgente e indispensable? Cuando las actitudes más frecuentes son las de servirse –en forma oculta– de los recursos pensados para el bien común para beneficio propio. No quise mencionar hasta este renglón la palabra *corrupción* para no distraer la atención antes de tiempo: si la integridad nos hace fuertes por enteros y racionales, y por lo tanto capaces también de acciones transparentes, que pueden ser vistas y dichas, la corrupción nos fragmenta, nos obliga a ocultar y ocultarnos unos a otros, es decir: deshace la comunidad.

Sin embargo, aunque este razonamiento esté suficientemente claro, la sola claridad de conceptos no mueve el amperímetro de las conductas: necesitamos ejemplos y referentes. Por eso, lo que más invita a la conducta íntegra, que es también capacidad de resistencia y de lucha, es que alguien cerca de nosotros sea una persona íntegra, que muestre el camino, que alimente la esperanza, que nos asegure estar en el camino de un bien posible.

Por suerte, en nuestra fragmentada sociedad, herida y maltrecha, hay hebras de esperanza, hay personas de bien que, con indeclinable integridad, lideran, emprenden, realizan, sirven.

Si el bien al que aspiramos es un bien posible, y además necesario, no hay excusas, porque la historia no perdona a los que desaprovechan sus oportunidades para construir un mundo justo.